

**EL REVERSO DE LA UTOPIA. ACTUALIDAD DE
«LA FABULA DE LAS ABEJAS» DE BERNARDO DE MANDEVILLE**

Carmen García-Trevijano

Universidad Complutense

RESUMEN

La tradición académica suele ubicar a Mandeville o bien en la historia de la economía o bien en la historia de la moral. Evidentemente, el autor de *La Fábula de las Abejas* ha aportado a la Economía contribuciones interesantes como también a la Ética. Pero quizá la mayor importancia histórica de Mandeville reside en que fue un gran psicólogo social, entendiendo esta palabra no en el sentido actual de un profesional del gremio, sino en el de un gran investigador, al estilo de Hume, de la naturaleza humana del hombre y de la sociedad. Mandeville, con su visión de ambas, preparó el terreno para el análisis teórico del desarrollo global de los fenómenos sociales. Este trabajo describe las tesis centrales de Mandeville sobre el hombre, la sociedad y las instituciones, plasmadas en su obra *La Fábula de las Abejas*.

ABSTRACT

Academic tradition by custom locates Mandeville either in the history of economics or in the history of morality. Evidently, the author of *The Fable of the Bees* made interesting contributions to economics as well as to ethics. But maybe the great historical importance of Mandeville is that he was a great social psychologist, understanding this term not in the present meaning of a professional in the discipline, but rather as a great investigator, in the manner of Hume, of human nature and society. Mandeville, with his vision of both, prepared the ground for the theoretical analysis of the global development of social phenomena. This work describes the central thesis of Mandeville about man, society and institutions, as revealed in *The Fable of the Bees*.

Si hay un libro en la historia del pensamiento que destaque de otros no sólo por la originalidad de su contenido sino por el originalísimo modo en que tuvo lugar su producción, es *La Fábula de las Abejas* de Bernardo de Mandeville. La realización de esta obra comprende un período de veinticuatro años y su germen primitivo fue un poema que no llegaba a treinta páginas y llevaba por título «El panal rumoroso: o la redención de los bribones». Este poema apareció publicado en Londres como libelo anónimo en 1705. En favor de su éxito habla el hecho de que pronto se volvió a imprimir en edición pirata y fue voceado por las esquinas a módico precio.

Nueve años más tarde (1714) el poema aparece ahora formando parte de un libro, también anónimo, titulado *The Fable of the Bees: or Private Vices, Public Benefits*, que contenía además un ensayo en prosa sobre el origen de la virtud moral y una serie de observaciones.

Diez años después (1724) la *Fábula* iba por su tercera edición, considerablemente aumentada y revisada, y era ya una de las principales piedras de escándalo de la época. Ello explica que se acortase más el tiempo entre sus sucesivas ediciones. En 1729, en que aparece la séptima, publica además Mandeville una segunda parte de la obra consistente en un conjunto de diálogos que amplía sus doctrinas. A partir de entonces las ediciones y traducciones de *La Fábula de las Abejas*, publicada ya normalmente como un solo volumen que comprende las dos partes, se multiplican a todo lo largo del siglo dieciocho. En los siglos diecinueve y veinte, sin embargo, la obra ha caído en olvido. La única edición de ella aparecida en el nuestro tuvo lugar en los años veinte (Kaye, 1924).

El Argumento del Poema

El poema «El panal rumoroso: o la redención de los bribones» comienza describiendo, bajo la metáfora de una colmena, una sociedad feliz, envidia y admiración de quienes la contemplan:

Un gran panal, atiborrado de abejas
que vivían con lujo y comodidad,
mas que gozaba fama por sus leyes
y numerosos enjambres precoces,
estaba considerado el gran vivero
de las ciencias y la industria.

Pero un cambio de enfoque por parte del espectador revela que este idílico orden tiene por fundamento el más cruel de los desórdenes. Mirados de cerca, los ciudadanos y sus agrupaciones revelan ser un conjunto de los más variados vicios:

... empeñados por millones en satisfacerse
mutuamente la lujuria y vanidad.
... Los abogados, cuyo arte se basa
en crear litigios y discordar los casos,
... Deliberadamente demoraban las audiencias,
para echar mano a los honorarios;
... Los médicos valoraban la riqueza y la fama
más que la salud del paciente marchito

... Y la misma Justicia, célebre por su equidad,
aunque ciega, no carecía de tacto;
su mano izquierda, que debía sostener la balanza,
a menudo la dejaba caer, sobornada con oro
... El curioso resultado es que mientras
cada parte estaba llena de vicios,
sin embargo todo el conjunto era un Paraíso.

En un nuevo escenario del poema, y al grito de ¡Mueran los bribones!, la colosal partida de tahures que integran esa feliz sociedad protesta indignada de la corrupción ajena:

... todos los tunantes exclamaban descarados:
«¡Dios mío, si tuviéramos un poco de honradez!»!

En este momento Mandeville, cambiando el método descriptivo por la construcción de un experimento mental inverso al usual en los tratados de utopía, da paso a la intervención de los dioses:

Mercurio sonreía ante tal impudicia,
... pero Júpiter, movido de indignación,
al fin airado prometió liberar por completo
del fraude al aullante panal; y así lo hizo.

La consecuencia del rearme moral que erradica los vicios de la sociedad —y ésta es la tesis antiutópica de Mandeville— es el colapso de la sociedad próspera:

Pero, ¡oh, dioses, qué consternación!
¡Cuán grande y súbito ha sido el cambio!
Los tribunales quedaron ya aquel día en silencio,
porque ya muy a gusto pagaban los deudores.
... Quienes no tenían razón enmudecieron,
... con lo cual nada podía medrar menos
que los abogados en un panal honrado.
... La Justicia, no siendo ya requerida su presencia,
con su séquito y pompa se marchó.
Abrían el séquito los herreros con cerrojos y rejas,
luego los carceleros, torneros y guardianes.
... Todos los ineptos, o quienes sabían
que sus servicios no eran indispensables se marcharon;
no había ya ocupación para tantos.
... ¡Contemplad ahora el glorioso panal, y ved
cómo concuerdan honradez y comercio!

Vicios Privados, Beneficios Públicos

Al elegir esta sentencia como subtítulo del libro en que incluyó su poema, Mandeville desató definitivamente las iras de sus contemporáneos. La mera idea de que el vicio sea beneficioso para la sociedad parece constituir en sí misma un escándalo para la ética. No sólo los predicadores desde el púlpito, sino los grandes pensadores que defendían la excelencia de la virtud moral, como Berkeley o Hutchinson cargaron sus baterías contra el autor de la *Fábula*. A más de un lector, sin embargo, los comentarios que acompañaban al poema del panal rumoroso le cambiaron la indignación moral por la perplejidad intelectual.

La naturaleza del hombre

La tesis inicial de Mandeville era sencillamente destructiva. El hombre no es para él más que un animal, aunque el animal más perfecto de todos. Y si los animales sólo buscan la satisfacción de sus instintos sin considerar el bien o el mal que puedan acarrear a otros, el hombre no escapa tampoco a esta ley, y es, como los demás animales, juguete de sus pasiones:

«Por lo que a mí toca diré, sin la menor consideración al amable lector ni a mí mismo, que concibo al hombre ... como un compuesto de varias pasiones y que todas, a medida que se las provoca y van saliendo a la superficie, lo gobiernan por turno, quiéralo o no»

afirma Mandeville al iniciar la serie de comentarios que acompañan a su fábula.

Pero el «terreno de caza» del hombre moderno no es la naturaleza, sino la sociedad. Y es naturalmente en el contexto de una comunidad donde tiene sentido hablar de moralidad, de virtud y de vicio, de normas que regulen y reconcilien los intereses contrapuestos de los individuos que la forman. (En su «Investigación sobre el origen de la virtud moral» Mandeville llama «vicio» a toda acción que realiza el hombre, sin consideración por los demás, para satisfacer alguno de sus apetitos; mientras que da el nombre de «virtud» a cualquier acto por el que el hombre, contrariando los impulsos de la naturaleza, procura el bien de los demás o el dominio de sus propias pasiones merced a la racional ambición de ser bueno.)

Ahora bien, en un estado que fuese absolutamente natural, las criaturas más aptas para convivir de modo pacífico en poblaciones numerosas son las que muestran menos inteligencia y tienen por tanto menor cantidad de apetitos que satisfacer. Según ello, la especie humana tendría que ser la primera a eliminar en la lista de candidatas.

El recorrido por las motivaciones de los actos humanos le da a Mandeville la prueba de que no hay en ellas el menor asomo de virtud, pero sí egoísmo, mentira e hipocresía en abundancia. Si en la máxima de La Rochefoucauld «*Nos vertus ne sont le plus souvent que des vices déguisés*», fuera sustituida la expresión «*le plus souvent*» por la palabra «*toujours*», obtendríamos una sentencia que él hubiera firmado.

Pero entonces, ¿cómo ha sido posible trastocar el orden natural hasta el punto de convertir a un animal tan radicalmente egoísta en el ser altruista y cooperativo que parece requerir el mantenimiento de una sociedad estable? O, dicho más brevemente, ¿cómo surgió la moralidad en el hombre? Porque si no es la religión, ni tampoco la razón o el sentimiento moral, la fuente de las nociones de virtud y moralidad en el corazón de los hombres, ¿de dónde han surgido nuestras ideas morales?.

El cemento de la sociedad

Pero la segunda tesis capital de Mandeville, por la cual éste reconstruye hipotéticamente la génesis de la sociedad, es, desde el punto de vista de la moral tradicional, más perversa si cabe que su inicial afirmación. ¿Cuál es el vínculo que durante tanto tiempo ha podido unificar la variedad de deseos contrapuestos que forman la trama de la comunidad humana?

Siendo sustancialmente egoísta como es, el individuo humano jamás sacrificaría voluntariamente sus propios intereses en favor de los demás, ni respetaría durante mucho tiempo una norma en ese sentido impuesta por ninguna fuerza divina o humana si no obtiene por ello alguna recompensa. Desde tiempo inmemorial filósofos, legisladores y moralistas han cavilado para encontrar la recompensa adecuada. Pero como no hay en el mundo bienes suficientes para satisfacer a todas las personas por cada acción individual, hubo que inventar un premio que, sin costar nada a nadie fuera al mismo tiempo muy apreciable para quienes lo recibieran. Examinando la naturaleza humana, esos hábiles manipuladores llegaron a la conclusión de que nadie es tan salvaje que no le ablanden las alabanzas ni tan vil como para soportar pacientemente el desprecio. De lo cual concluyeron que la adulación tenía que ser el instrumento más idóneo para someter las voluntades. Poniendo en marcha esta eficaz máquina, inflamaron nuestra vanidad ensalzando las excelencias de la naturaleza humana, la maravilla de nuestra sagacidad y la magnitud de nuestra inteligencia que nos coloca tan por encima del resto de los animales. Conquistados los corazones de los hombres por esta ladina adulación, introdujeron en ellos las ideas de honor y de vergüenza como el mayor de los bienes y el peor de los males, respectivamente:

«El ansia que sentimos de la estima de los otros, y el arrobamiento que nos embarga ante la perspectiva de ser queridos y quizá admirados, son equivalencias que pagan con creces el dominio de nuestras más fuertes pasiones... Parece... increíble lo necesaria que es la vergüenza como ingrediente para hacernos sociables; ... como este sentimiento es molesto, todas las criaturas se desviven constantemente por defenderse de él; ... pero como esto iría en detrimento de la sociedad, desde su infancia ... tratamos de aumentar en vez de disminuir o destruir este sentido de vergüenza (Observaciones a la *Fábula*, pp. 39-40)».

Ya no quedaba más que introducir el motivo de la emulación mediante el señuelo de un paradigma de hombre noble, virtuoso, y merecedor por tanto de todas las honras públicas, para que el individuo promedio se apresurara a imitarlo.

Que el proceso evolutivo de aculturación del salvaje original siguiera o no las líneas de este singular relato, no hace aquí al caso, ni el propio Mandeville lo pretendía. Lo que a él le interesaba era mostrar cómo, en todo caso, el origen de nuestra moralidad se encuentra en la gran patraña de conceptos que, sin base alguna en la realidad, ha ido cimentándose durante milenios y formando el suelo de nuestras sociedades.

Esta curiosa teoría nos revela el sentido de la fórmula «La redención de los bribones», que es la moraleja de la apología del vicio preconizada y ya expresada por este maldito autor en el lenguaje intuitivo de los últimos versos de su *Fábula*:

Dejad, pues, de quejaros: sólo los tontos se esfuerzan
por hacer de un gran panal un panal honrado.
Querer gozar de los beneficios del mundo,
y ser famosos en la guerra, y vivir con holgura,
sin grandes vicios, es vana
utopía en el cerebro asentada.
Fraude, lujo y orgullo deben vivir
mientras disfrutemos de sus beneficios.

No es difícil ver, por poco que uno sepa de ética, que la doctrina de Mandeville se da de bruces con la teoría del vicio y la virtud defendida por la ética tradicional. Más interesante es, quizá, analizar su contraste con lo que opinan sobre el particular los grandes pioneros de la ética utilitarista, que por un lado se inspiran en Mandeville y por otro procuran eliminar lo que hay en él de escandaloso para la vida social. Este pasaje de Adam Smith (1759) es ilustrativo al respecto:

«La gran falacia del libro del Dr. Mandeville es la de presentar cada pasión como totalmente viciosa, siéndolo en cualquier grado y en cual-

quier dirección... Algunas doctrinas ascéticas populares que habían estado en boga antes de su tiempo, y que situaban la virtud en la total extirpación y aniquilamiento de todas nuestras pasiones, son el verdadero cimiento de este licencioso sistema. Era fácil para el Dr. Mandeville probar, primero, que este dominio total nunca tuvo lugar realmente entre los hombres; y segundo que, si pudiera tener universalmente lugar, sería pernicioso para la sociedad, poniendo fin a toda la industria y el comercio y, en cierto modo, a toda actividad de la vida humana. Por la primera de estas proposiciones pareciera probarse que no existe virtud real, y que lo que finge serlo es una mera trampa y una imposición sobre la humanidad; y por la segunda, que los vicios privados son beneficios públicos, toda vez que sin ellos ninguna sociedad podría prosperar o florecer (pp. 485-6)».

Desde una óptica distinta, Malthus viene a coincidir con Smith al escribir en su segundo *Ensayo sobre el principio de la población* (1803) que «en lo que era un artista el Dr. Mandeville era en poner nombres equivocados».

Mandeville y el principio del «laissez faire»

Una de las doctrinas más elaboradas por Mandeville en el campo de la economía fue su defensa del lujo. Contra la creencia de que el lujo es un vicio y la frugalidad una virtud, él sostiene que uno y otra son meras consecuencias de las condiciones económicas de cada uno; dicho lisa y llanamente: el rico puede permitirse el lujo y el pobre no puede no practicar la frugalidad.

Pero el papel central que su figura ha jugado en el terreno de la especulación económica reside en el hecho de que con su defensa del libre comercio se perfila como el más señalado precursor de la teoría del «laissez faire», que tan brillantemente había de desarrollar Adam Smith (1776) en *La riqueza de las naciones*.

Mandeville sostiene explícitamente en la *Fábula* que los asuntos comerciales serán más prósperos cuanto menos regulados estén por el gobierno; que las cosas tienden por sí mismas a encontrar el equilibrio que mejor les conviene; que el egoísmo sin trabas de cada individuo intervendrá en la sociedad combinándose recíprocamente con el de los otros de modo que, así reajustado, redundará en beneficio de la comunidad; y que una innecesaria intervención del Estado tendería a trastornar esta delicada armonía:

«En la composición de toda nación, las diferentes categorías de hombre deberían estar más o menos proporcionadas al conjunto con el fin de

que éste resultara armónico. Y como esta proporción armónica es el resultado y la consecuencia natural de las diferencias existentes en los valores que poseen los hombres y en las vicisitudes que les sobrevienen, nunca se alcanza o se conserva mejor que cuando nadie se propone alterarla. Por eso podemos advertir hasta qué punto la sabiduría miope o acaso la buena intención nos roba la felicidad que fluiría espontáneamente de la naturaleza de toda gran sociedad, si nadie se dedicara a desviar u obstruir la corriente. (Parte II, Sexto Diálogo, p. 608)»

Según Adam Smith, el bien común y el interés público son el resultado natural del libre juego de los móviles egoístas en la esfera económica. Cada uno busca sólo su bien particular, pero todos concurren así, sin quererlo y la mayoría de las veces sin ni siquiera saberlo, a la buena salud del todo. Es la famosa teoría del «dedo invisible», providencia que guía los egoísmos particulares hacia el interés común cuya traza volverá a encontrarse en la «sociabilidad insociable» de Kant, o en la «astucia de la razón» de Hegel.

Adam Smith estudió bajo la tutela de Francis Hutcheson en Glasgow, y a él le debe gran parte de su inspiración en filosofía y en economía. Pero sabemos que la obsesión de Hutcheson por Mandeville era tal que difícilmente pudo escribir un libro sin dedicar una buena porción del mismo a combatir las doctrinas de la *Fábula*. Y los conceptos que más le sublevaban eran precisamente aquellos en los que se fundaba la doctrina del *laissez-faire*: el egoísmo del hombre y la benéfica repercusión que este egoísmo producía en la sociedad. Es más que verosímil que Hutcheson analizase en su cátedra esta teoría de Mandeville. En un período clave del desarrollo intelectual de Adam Smith, la *Fábula* debió ser alimento principal de la mente del futuro economista, que acabaría por su cuenta alejándose de Hutcheson para inclinarse por Mandeville.

Por otra parte, la manera como trata Mandeville el problema de la división del trabajo debió impresionar igualmente a Smith, uno de cuyos pasajes a propósito de este tema en *La riqueza de las naciones* es en buena medida paráfrasis de un pasaje similar de la *Fábula*.

El Evolucionismo Social de Mandeville

La bibliografía reciente sobre Mandeville, como es el caso por ejemplo de los libros de Claude Gautier (1993) y E.J. Hundert (1994), testimonia el actual interés de la investigación en torno a la «invención» o «descubrimiento» de la sociedad civil por el autor de *La Fábula de las Abejas*.

Lo que yo quisiera destacar aquí es que entre el racionalismo ahistórico de los pensadores continentales de la época y el no menos acentuado ahis-

toricismo de la mayoría de sus colegas empiristas en Gran Bretaña, Mandeville contempla la sociedad instalándose en un punto de vista *genético, evolutivo*. Su interés se dirige fundamentalmente a la cuestión del nacimiento y desarrollo de las instituciones como catalizadoras de la reconciliación de los intereses divergentes de sus miembros.

La teoría de que el desarrollo y perfeccionamiento de las leyes no es mero fruto del designio de algún sabio legislador, sino de un proceso de ensayo y error a través de un largo lapso de tiempo, es sólo un aspecto de la tesis central de Mandeville: que a menudo adscribimos a la excelencia del genio del hombre y a la profundidad de su penetración lo que en realidad es resultado de la obra del tiempo y de la experiencia de muchas generaciones que apenas difieren entre sí en perspicacia y sagacidad. Esta tesis es probablemente lo más conseguido en sus investigaciones sobre el origen de la sociedad y lo que hace de la parte segunda de la *Fábula* una obra tan notable:

«hay muy pocas [leyes] que sean obra de un solo hombre o de una sola generación; la mayor parte de ellas son producto de la labor conjunta de varias centurias... La sabiduría de que estoy hablando no es el producto de un agudo entendimiento o de una intensa meditación, sino de un cabal y deliberado juicio, adquirido mediante una larga experiencia en el trabajo y una gran cantidad de observaciones. Mediante esta clase de sabiduría y el transcurso del tiempo puede resultar que no haya mayor dificultad en el gobierno de una gran ciudad que en hacer calceta» (Parte II, Sexto diálogo, p. 585).

La mayoría de las instituciones de la sociedad no son, según Mandeville, resultado de un designio, sino espléndidas superestructuras construidas a lo largo de los siglos con el deleznable material de los servicios mutuos que los individuos han tenido que prestarse entre sí para poder satisfacer sus intereses egoístas. Y cuando a través de este proceso las leyes «han alcanzado toda la perfección que permiten el arte y la sabiduría humanas, toda la maquinaria funciona por sí misma sin que se requiera a este efecto más habilidad que la necesaria para dar cuerda a un reloj» (Parte II, Sexto diálogo, p. 586).

Por supuesto que Mandeville no tiene todavía ninguna idea precisa que permita medir la cantidad de tiempo requerida para el desarrollo de las diversas instituciones. Su postura se muestra aún vacilante entre la nueva concepción genético-evolucionista de la sociedad y la pragmático-

racionalista entonces imperante. Pero lo verdaderamente valioso en él es que supo aplicarla por extenso a una amplia variedad de tópicos.

La observación general de que la maestría en las artes y en la industria ha sido alcanzada por la ininterrumpida labor y experiencia acumulada de muchas generaciones, cuyos individuos no tenían verdadera consciencia de lo que estaban haciendo, proporcionan a Mandeville fundamentos para formular su notable y revolucionaria conjetura de que, al igual que las artes y las ciencias, el lenguaje ha ido surgiendo también por lentos pasos evolutivos sin que los hombres se dieran apenas cuenta:

[La primitiva] pareja no sólo carecía del don del lenguaje, sino que nunca podría imaginar que lo necesitaba... Porque es imposible que cualquier criatura sepa que le hace falta aquello de lo cual no tiene la menor idea... Si alguna vez hubiera sobrevenido el lenguaje por instinto, el pueblo que lo hablara debiera haber conocido todas y cada una de sus palabras. Y así ... el salvaje no hubiera tenido oportunidad para emplear una milésima parte del más inútil lenguaje imaginable... [el lenguaje aparecería] poco a poco y después de mucho tiempo, como las demás artes y ciencias.

...[Hay] razones para pensar que una pareja salvaje podía hacerse comprensible mediante signos y gestos antes de intentar proferir sonidos. Pero al vivir juntos... es muy probable que para las cosas que más les interesaran descubrieran sonidos que hicieran despertar en ellos las imágenes de las mismas, aunque no estuvieran presentes. Estos sonidos serían transmitidos a sus hijos, y cuanto más tiempo vivieran, mayor sería la variedad de sonidos inventados, tanto para las acciones como para las cosas mismas. (Parte II, Sexto diálogo, pp. 557-9).

Si recordamos que no mucho tiempo antes incluso John Locke mantenía que las palabras habían sido «inventadas» arbitrariamente, hay lugar para pensar que Mandeville sea fuente principal de la potente especulación sobre el desarrollo del lenguaje que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo dieciocho y que culmina en las espléndidas construcciones de Humboldt (que son, por cierto, uno de los motivos de inspiración de la actual gramática generativa de Chomsky).

Mandeville y el Darwinismo

Entre Mandeville y Darwin no es nada probable que haya habido ninguna relación de influencia ni de causalidad histórica. Sin embargo, la concepción elaborada por Mandeville del proceso evolutivo en el plano de los fenómenos sociales guarda estrecha relación de semejanza con la concepción elaborada por Darwin de los mecanismos de la evolución de los fenómenos biológicos en su teoría de la selección natural.

Para Darwin el admirable orden que reina en la naturaleza no es resultado del Designio de una Inteligencia Divina, sino de la lucha de los organismos individuales por su supervivencia. Para Mandeville el orden social no es resultado del designio de ningún legislador, sino de la lucha de los individuos sociales por la satisfacción de sus intereses egoístas. En las controversias del darwinismo con los defensores del orden divino de la naturaleza la metáfora del reloj como paradigma de orden jugaba un papel dialéctica y retóricamente crucial en el argumento teleológico. El pasaje sobre el reloj, citado en la anterior página 13, sugiere una lectura casi darwiniana del sentido de esa metáfora en el contexto de la evolución social.

El triunfo de Darwin en el siglo XIX tuvo una importante proyección ideológica como «darwinismo social» en la doctrina de Spencer, que sirvió de credo casi religioso a los grandes empresarios y pioneros del industrialismo americano, algunos de los cuales opinaban, entre otras cosas, que los movimientos huelguísticos iban en contra de la selección natural. Pero mientras el evolucionismo social de Spencer encontró cálida acogida en el entorno social de su tiempo, el evolucionismo social de Mandeville produjo tanto escándalo ante sus contemporáneos como el evolucionismo biológico de Darwin ante los suyos.

Hayek y Mandeville

En su conocido libro *La sociedad abierta y sus enemigos*, Karl Popper (1945) escribe:

«Debemos admitir... que la estructura de nuestro medio social es obra del hombre en cierto sentido, que sus tradiciones e instituciones no son ni la obra de Dios ni la de la naturaleza, sino el resultado de las acciones y decisiones humanas, pudiendo ser modificadas, asimismo, por éstas; pero insistimos en que esto no significa que hayan sido diseñadas conscientemente y que sean explicables en función de necesidades, esperanzas o móviles. Muy por el contrario, aun aquéllas que surgen como resultado de acciones humanas conscientes e intencionales son, por regla general, *los subproductos indirectos, involuntarios y frecuentemente no deseados de dichas acciones.* (p. 295)».

Esta idea es reiteradamente utilizada por Popper para oponerse al psicologismo social de Stuart Mill y para destruir las que él llama «teorías conspiratorias» de la sociedad. Pero no es un descubrimiento suyo. El verdadero descubridor de esta idea en sus dimensiones más interesantes (puesto que visiones distorsionadas de la misma se encuentran ya en Marx y en el idealismo alemán) es el gran economista actual F.A.Hayek. El significado profundo de esta fundamental aportación consiste en haber situado las

instituciones sociales más allá de la tradicional dicotomía «natural/artificial», que se remonta a los antiguos griegos.

Normalmente entendemos por «natural» aquello que es espontáneo y cuyas leyes no son obra nuestra; y por «artificial» lo inventado o regulado conforme a un proyecto concebido por nosotros. Una consecuencia de la aceptación de esta dualidad sin reservas de ningún tipo es que las leyes morales y sociales y las instituciones quedan adscritas al campo de lo artificial y pueden ser consideradas por tanto como inventadas y modificables a nuestro capricho. Para Hayek, las leyes e instituciones sociales pertenecen a una tercera categoría que no es ni «natural» ni «artificial». Por una parte se han desarrollado de manera parecida a como se desarrolla un cristal o evoluciona una planta. En este sentido no son «artificiales», no son resultado de un designio o de un plan humano. Pero, aun sin ser productos de un designio humano, los fenómenos sociales son, sin embargo, producto de las acciones humanas. El lenguaje es un buen ejemplo de fenómeno perteneciente a esta tercera categoría, distinta de lo natural y de lo artificial.

La constatación de este nexo entre Mandeville y el economista austríaco no es arbitraria. El propio Hayek ha subrayado que uno de los más importantes antecedentes de esta idea suya de que las instituciones sociales son producto no calculado de nuestras acciones, se encuentra en la tesis capital de Mandeville de que en

«el orden complejo de la sociedad, los resultados de las acciones de los hombres eran muy diferentes de lo que ellos habían pretendido; y los individuos al perseguir sus propios fines, fuesen egoístas o altruistas, producían resultados útiles para los demás que ellos no habían anticipado o quizá siquiera conocido; y, finalmente, que el orden entero de la sociedad e incluso de todo cuanto llamamos cultura era el resultado de esfuerzos individuales que no perseguían este fin, pero que fueron canalizados para lograrlo mediante instituciones, prácticas y reglas que tampoco habían sido nunca deliberadamente inventadas, sino que habían crecido gracias a la supervivencia de lo que demostró tener éxito.» (Hayek, 1978, p. 253).

Mandeville Psicólogo Social

La tradición académica suele ubicar a Mandeville o bien en la historia de la economía o bien en la historia de la moral. Evidentemente, el autor de *La Fábula de las Abejas* ha aportado a la economía contribuciones interesantes como, por ejemplo, el término «división del trabajo» y el análisis conceptual de la realidad que responde a él. También es evidente que ocupa un lugar propio en la historia de la ética. Algunos, como Sprague (1967), lo encuadran en la escuela del sentimiento moral, aunque ya en su *Crítica de la razón práctica* Kant (1788) lo considera opuesto a esa escuela y ve en él

un paradigma de quienes sitúan el fundamento de la moral en la constitución de la sociedad civil y no en el sentimiento.

Pero quizá la mayor importancia histórica de Mandeville resida, como sugiere Hayek (1978), en que fue «un gran psicólogo», entendiendo obviamente esta palabra no en el sentido hoy al uso de un profesional del gremio, sino en el de «un gran estudioso de la naturaleza humana», como lo fueron, por ejemplo, Hume o Nietzsche. Mucho de la teoría de la mente humana de Hume no se explicaría bien sin Mandeville. Y la denuncia, típica de Nietzsche, de la hipocresía que enmascara de racionalidad la presencia del interés egoísta tiene su mejor antecedente en el autor de *La Fábula de las Abejas*. Pero a diferencia de Hume o Nietzsche, Mandeville dejó mejor preparado que ellos el campo, con su visión de la naturaleza humana, al análisis teórico del desarrollo global de los fenómenos sociales. Calificar a Mandeville de «psicólogo social» no parece aventurado. El filósofo americano Arthur O. Lovejoy escribió en carta personal el 3 de marzo de 1922 a F.B. Kaye, editor de Mandeville en este siglo:

La mayor significación de Mandeville radica, creo, no en su aporte para el desarrollo de la teoría ética, sino en el lugar que ocupa en la historia de lo que hoy día llamaríase psicología social. (Véase la página 694 de la edición comentada de Mandeville (1729) que cito en las Referencias).

El hecho de que esta interpretación de Mandeville encaja bastante bien con la profesión que desempeñó a lo largo de su vida, tal vez no sea sólo anecdótico. De los pocos detalles que nos han llegado de su biografía sabemos que nació probablemente en Rotterdam (1670) en el seno de una familia de médicos notables, que se educó en la Escuela Erasmiana de esa ciudad y estudió medicina y filosofía en la Universidad de Leiden, donde se doctoró en 1691. Su especialidad era el tratamiento de enfermedades nerviosas y del estómago, y sobre ellas escribió un tratado (*A Treatise of the hypochondriac and hysteric passions*, 1711) del que se dice que el Dr. Johnson lo tuvo en muy alta estima. Habiéndose asentado algunos años más tarde en Inglaterra hasta su muerte (1733), se dedicó a la práctica de la psiquiatría en Londres, que supo conjugar, como muchos otros grandes médicos y psiquiatras de la historia, con la investigación de la naturaleza humana.

Referencias

- Gautier, C. (1993): *L'invention de la société civile. Lectures anglo-écossaises: Mandeville, Smith, Ferguson*. Paris: P.U.F., 1993.
- Hayek, F.A. (1967): The results of human action but not of human design. *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, pp. 96-105, Londres: Routledge & Kegan Paul.

- Hayek, F.A. (1978): Dr. Bernard Mandeville. En F.A. Hayek, *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, pp. 249-66, Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Hundert, E.J. (1994): *The Enlightenment's Fable: Bernard Mandeville and the Discovery of Society*, Cambridge: University Press 1994.
- Kant, I. (1788): *Crítica de la razón práctica*, Libro I, cap. I
- Mandeville, B. (1729), *The Fable of the Bees: or Private Vices, Public Benefits*. Edición compilada por F.B. Kaye, Clarendon Press, 1924. (En la versión definitiva del libro en dos partes, la primera contiene el poema original, «El panal rumoroso», y cuatro ensayos: «Investigación sobre el origen de la virtud moral», «Ensayo sobre la Caridad y las Escuelas de Caridad», «Investigación sobre la naturaleza de la sociedad», y una «Reivindicación del libro»; la segunda parte, tan extensa como la primera, está formada por seis diálogos en los que un personaje, Cleómenes, instruye a otro, Horacio, sobre el verdadero significado de la Fábula). Debemos a José Ferrater Mora la traducción castellana de la edición de Kaye, México: Fondo de Cultura Económica, 1982, a cuya paginación me atengo en las citas del presente artículo. Existe también en versión catalana de Josep Sales, *La Faula de les abelles i altres assaigs*, Barcelona: Edicions 62, 1988.
- Popper, K. (1945): *La sociedad abierta y sus enemigos*. Traducción española de E. Loedel. Buenos Aires, Paidós, 1957
- Smith, A. (1759): *The Theory of Moral Sentiments*. Londres: A. Millar
- Smith, A. (1776): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Traducción española de G. Franco, México, Fondo de Cultura Económica, 1982
- Sprague, E. (1967): Mandeville, Bernard. En P. Edwards (ed.) *The Encyclopedia of Philosophy*. Nueva York-Londres: Macmillan.